

LA MUERTE DE DORREGO

Su ejecución

Por Martín Graciano Duhalde

Carta del Mayor Elías a su hermano Ángel, fechada en Tucumán el 12 de junio de 1869, donde relata las alternativas previas al penoso e histórico episodio:

“Señor Ángel Elías. Mi hermano: Aunque tu nada me has escrito, he sido intuido que un periódico de Entre Ríos, que no se cual ni como se llama, por odio a tu persona, se habla de mí, retrocediendo a la época remota del año 1828. refiriéndose a episodios suministrados por el coronel Olazábal, con motivo de la muerte del coronel Dorrego. Ante todo te diré que el coronel Olazábal, no ha podido suministrar ningún dato, en el sentido que lo ha hecho, y que cualquier cosa que se diga con referencia a él, es una calumnia, o una invención vergonzosa. Empezaré por declararte en nombre del honor y poniendo a Dios por testigo, que cuanto yo diga de esa época del año 28, en la que tu aún no figurabas al lado del general Lavalle, y del que yo era edecán, secretario y amigo, todo está lleno de verdad porque no tengo ningún interés en desfigurarla, después de cuarenta años y cuando me encuentro agobiado por la edad y postrado por una grave enfermedad. El 9 de diciembre de ese año, tuvo lugar la batalla de Navarro, en que las fuerzas que mandaba Dorrego y Rosas fueron vencidas al primer empuje de los bravos coraceros, que habían regresado de la campaña del Brasil. El 13, muy de mañana, llegó el coronel Acha, conduciendo en un carruaje bien escoltado al coronel Dorrego desde Salto, donde se había dirigido para ponerse a la cabeza del regimiento de Húsares, que mandaba el coronel don Bernardino Escribano. Rosas que iba con Dorrego como más astuto y desconfiado, se quedó fuera del pueblo y no viendo regresar a su confiado compañero huyó precipitadamente a la Pcia. de Santa Fe. Sabedor Acha, de la derrota de Navarro y apercebido de las intenciones del desgraciado Dorrego por su propia y exclusiva resolución, y contando con la influencia que tenían en el Regimiento, lo prendió con el propósito de entregarlo al general Lavalle. En el acto que llegó el coronel Dorrego, el general Lavalle me llamó y me dijo: “Vaya Ud. a recibir a Dorrego, que confío a su celo y vigilancia, y como la tropa que ha traído el general Acha debe retirarse, lleve Ud. una compañía de infantería para cuidar de él”.

Llevé, en cumplimiento de esta orden, una compañía mandada por el capitán Mansilla y me situé en una casa de espacioso patio, a las inmediaciones del cuartel general. muy luego, el general Lavalle, con el ejército, se fue a situar a la estancia de Almeyra, más allá de Navarro. Luego que me recibí del coronel Dorrego, y que hube tomado todas las medidas de seguridad convenientes, me aproximé al carro en que Dorrego se hallaba, y le dije: -“Coronel, estoy encargado de custodiarlo y responder de su persona”. Entonces él con esa amabilidad que lo distinguía, me alargó la mano y me dijo: -“Mucho me felicito de que Ud. haya sido elegido para desempeñar este encargo”. El coronel Dorrego, me significó después la necesidad que sentía de alimentarse. Poco después le fue servido un abundante almuerzo. Este caballero insistió

porque yo subiera al carro para almorzar con él, a lo que no accedí con excusas honorables. Era la una de la tarde, cuando recibí un papelito del general Lavalle que contenía lo siguiente: “Elías, sé que Dorrego tiene bastantes onzas de oro, recójalas Ud. y dígale que no necesita de ellas, pues para todos sus gastos Ud. le suministrará lo que necesite”.

Esto se lo dije al Coronel Dorrego, teniendo yo la delicadez de no hacer registrar el carruaje, pues me había asegurado de no tener un solo peso, y porque debo decir la verdad: me lastimaba el abatimiento de un hombre, a cuyas órdenes, había hecho como ayudante la campaña de Santa Fe, y asistido a la desastrosa batalla de Pavón en la que perdió el ejército, por temeridad e impaciencia en no esperar las fuerzas de Buenos Aires que se hallaban inmediatas. Como a la una y cuarto recibí por un ayudante del general Lavalle la orden de trasladarme con el Coronel Dorrego al cuartel general. En el acto estuve en marcha, pero Dorrego inquieto por esa maniobra me llamó y me dijo: “Elías, ¿dónde me lleva Ud.?. “Coronel le contesté, al cuartel general situado en la estancia de Almeyra”. Entonces me preguntó si allí estaba el general don Martín Rodríguez, y el Coronel Lamadrid.

Le contesté afirmativamente, y manifesté satisfacción. No habíamos andado media legua, cuando por el camino de Buenos Aires me alcanzó un comisario de policía acompañado de dos gendarmes en caballos agitados, por la participación de la marcha. Traían pliegos urgentes, que contenían la súplica del gobierno delegado, para que el Coronel Dorrego saliera del país.

Dorrego que todo lo observaba con inquietud me preguntó: ¿qué quiere ese hombre?

Yo le dije la verdad. Entonces me dijo: “mi amigo, hace un sol y un calor terrible, suba Ud. al carro y marchará con más comodidad”. Le agradecí ese ofrecimiento que repitió con insistencia. Cerca de las dos de la tarde hice detener el carro en la sala que ocupaba el general Lavalle y desmontándome del caballo fui a decirle que acababa de llegar con el coronel Dorrego. El general se paseaba agitado a grandes pasos y al parecer sumido en una profunda meditación y apenas oyó el anuncio de la llegada de Dorrego, me dijo estas palabras que aún resuenan en mis oídos, después de cuarenta años –“Vaya Ud. e intímele que dentro de una hora será fusilado” El coronel Dorrego había abierto la puerta del carruaje y me esperaba con inquietud. Me aproximé a él conmovido y le intímé la orden funesta de que era portador. Al oírla, el infeliz se dio un fuerte golpe en la frente exclamando: “Santo Dios” “Amigo mío -me dijo entonces- proporcióneme papel y tintero y hágame llamar con urgencia al clérigo de Navarro, mi deudo, al que quiero consultar en mis últimos momentos”. Efectivamente, poco después estuvo ese sacerdote al lado de Dorrego que escribía. El cura estaba impasible y veía a la víctima conmovido. Yo estaba al pie del carro como una estatua y pude presenciar la entrega que le hizo Dorrego de un pañuelo que contenía onzas de oro. Como la hora funesta se aproximaba el coronel Dorrego me llamó y me dio las cartas, una que todo el mundo conoce para su esposa y la otra que yo solo conozco su contenido para el Gobernador de Santa Fé, don Estanislao López. Ambas cartas se las presenté al general Lavalle, quien sin leerlas me las devolvió ordenando que entregue la dirigida a su señora y que la otra no le diese dirección. Antes de continuar copiaré la carta dirigida a López, porque es un documento histórico-No tiene fecha-“Navarro diciembre de 1828. Señor Gobernador de Santa Fé don Estanislao López. Mi apreciado amigo: En este momento me intiman morir dentro de una hora. Ignoro la causa de mi muerte; pero de

todos modos perdono a mis perseguidores. Cese Ud. Por mi parte todo preparativo y que mi muerte no sea causa de derramamiento de sangre.

Soy su affmo. Amigo. Manuel Dorrego”.

Formado ya el cuadro y en el momento de marcha al patíbulo, Dorrego que estaba pálido y extremadamente abatido me llamó y me dijo: “Amigo mío, hágame llamar al coronel Lamadrid, pues deseo hablarle dos palabras en presencia de Ud.”. Mientras llegaba Lamadrid que fue en el acto, me dijo: “A su amigo el general Rondeu y el general Balcarce, dígales Vd. Que les dejo la última expresión de mi amistad”. El coronel Lamadrid se presentó y Dorrego lo abrazó con ternura y sacándose una chaqueta de paño azul bordada que tenía, se la dio al coronel, pidiéndole en cambio otra de tipo escocés que tenía puesta.

Además le entregó unos suspensores de seda que había sido bordada por su hija Angelita, rogándole se los entregara. Todo había acabado, Dorrego apoyado en el brazo del coronel Lamadrid, y en el del clérigo, marchó lentamente al suplicio. Un minuto después oí la descarga que arrebató la vida a ese infeliz.

Yo no quise presenciar ese acto, cuyas tristes consecuencias prevenía. Yo mudo estaba al lado del general Lavalle que profundamente conmovido me dijo: “Amigo mío acabo de hacer un sacrificio doloroso que era indispensable”. Enseguida escribió su célebre parte al gobierno delegado, participándole la ejecución del Coronel Dorrego.

He aquí querido Ángel, la narración fiel y verídica de ese episodio de nuestros extravíos políticos. Cualquier cosa que fuera de esto se diga, es una vil impostura, pues nadie ha conocido estos detalles, sino el general Lavalle y yo. A la edad de 67 años, cuando tengo un pie al borde del sepulcro de la tumba, que miro sin terror, escribo estas líneas, de que tu harás el uso que juzgues necesario para satisfacción de la verdad, desfigurada por viles e innobles pasiones, de los que no respetan ni el hogar ni la honra de los ciudadanos. Soy tuyo con el mayor cariño.

Y así fue como aquel fatídico 13 de diciembre de 1828, se escribió a pocas cuerdas de aquí la página más triste de la civilidad Argentina... la que luego desencadenó las más terribles consecuencias. Prisionero dentro de un carruaje cerrado y con la intimación perentoria de una hora de plazo para ponerse en orden con su conciencia, en los últimos minutos de su vida el Gobernador del pueblo de Buenos Aires y Capitán General de las Provincias Argentinas, se ha hecho cargo anímica y espiritualmente de la situación. Al llamado urgente del preso, el cura Castañer, a cargo recientemente de la Vice Parroquia de Navarro, monta su caballo y cortando campo por la laguna llega presuroso hasta “El Talar”. Allí abraza tiernamente al condenado, que por rara coincidencia del destino es pariente suyo.

Los dos primos se miran conmovidos dentro del carruaje...

“Resígnate. Manuel” le dice Castañer, cariñosamente y con los ojos húmedos de emoción: “Quédate tranquilo, que lo estoy, solamente le tengo miedo a las consecuencias”... dice con voz firme y serena Manuel Dorrego.

Como ya estaba escribiendo la despedida, le pide al padre que se baje y lo deje nuevamente solo. El momento es solemne y patético... El minuto fatal se acerca...El cuadro militar ya está formado a 200 metros de donde está el carruaje. Los lanceros del Coronel Olavaria, los Dragones del coronel Niceto Vega, los colorados del Coronel Videla y los Coraceros del Coronel Medina están firmes... Y el General Lavalle, encerrado en la sala grande de la Estancia "El Talar" de don Juan Almeyra, parece un tigre enjaulado. No recibe a nadie, solamente su edecán Elías puede entrar. Los 900 soldados de Lavalle, allá están en "El Talar", en pie de guerra. Nervioso como nunca, ni siquiera lo estuvieron así en Río Bamba, en Bacacay... En Ituzaingó, frente al ejercito del Imperio del Brasil... ¡ Es que esto es distinto ¡... Es la lucha y discordia entre hermanos. Deberán ahora fusilar a un viejo y valiente compañero en la guerra de la Independencia Argentina...

En fin, la disciplina militar reina y se ordena que hay que aprontarse...

Manuel Dorrego, en su improvisado recinto, sigue escribiendo. Se acaba el papel y ante su pedido, reúnen sobres vacíos y papeles cualquiera. Allá están, en el Museo Histórico Nacional, sus apologeticas cartas. El contenido de esas históricas escrituras, deslizadas con letra firme, frente al espectro de la muerte cruel y habiendo pasado por la odisea de los últimos 13 días.

Encerrado ahora en un carruaje que le sirve de celda, sobre la ribera oeste de nuestra histórica laguna, son un testamento de hidalguía, amor y patriotismo... Generaciones de argentinos vieron, ven y verán en esas dramáticas cartas, el extraordinario temple que anidaba en su corazón es hombre singular.. Sus nobles virtudes ciudadanas sirvieron de ejemplo como hombría de bien, y más aún, quizás en parte, haya sido materialpreciado con que se fue fundiendo la matriz que forjara nuestro incipiente ser nacional.

La primera dedicatoria es para su mujer, que dice: Mi querida Angelita: En este momento me intiman que dentro de una hora debo morir; ignoro por qué, mas la providencia divina, en la cual confío en este momento crítico, así lo ha querido. Perdono a todos mis enemigos, y suplico a mis amigos que no den paso alguno en desagravio de lo recibido por mí. Mi vida, educa a esas amables criaturas, sé feliz, ya que no lo has podido ser en compañía del desgraciado Manuel Dorrego." Su segundo pensamiento fue en sus dos queridas hijas, Isabel y Angelita, de 13 y 11 años, a quienes les envía en conjunto otra conmovedora carta: " Querida Isabel; te devuelvo los tiradores que hiciste a tu infortunado padre ". " Mi querida Angelita; te acompaño esta sortija para memoria de tu desgraciado padre... sed católicas y virtuosas, que esa religión es la que me consuela en este momento" Mientras transcurrían los minutos aciagos, el drama se tornaba precipitadamente terrible. El vasto escenario de la histórica Estancia "El Talar" de Almeyra, es una bolsa de nervios.

Ante la insólita novedad del inminente fusilamiento, los pobres soldados se estremecían ante la posibilidad de quiénes serían los indicados para la ejecución.

Mientras el carillón de la Estancia "El Talar" marcaba los trágicos minutos de la hora señalada, el condenado Manuel Dorrego se va serenando con santa resignación ante su infortunio y mano a mano con su conciencia, sigue escribiendo, robándole segundos al plazo perentorio. A su sobrino, Fortunato Miró le deja el siguiente encargo: "Mi apreciado sobrino: Te suplico arregles mis cuentas con Ángela por si algo le toca para vivir a esa desgraciada. Recibe el adiós de

tu tío...” ¡Piensa en la Patria!. _Se estremece al solo vaticinio de las venganzas y pidiendo más papel, le escribe al patriarca federal santafecino, el caudillo Don Estanislao López.

Aflorándole el don de la amistad en el torbellino de su ansiedad, se acuerda de Miguel de Azcuénaga y le escribe: Mi amigo, y por Ud. a todos: Dentro de una hora me intiman debo morir, ignoro por qué; más la providencia así lo ha querido. Adiós mis buenos amigos, recuérdense Uds. de su Manuel Dorrego. En este momento, la religión católica es mi único consuelo.” Manuel Dorrego vuelve a Angelita, su compañera y le dice: “Que Fortunato te entregue lo que en conciencia crea tener mío. Calculo que Azcuénaga me debe como tres mil pesos. José María Miró mil quinientos. Don José María Rojas seis mil. Debo una letra de tres mil quinientos pesos a Doña Isabel Ares. De los cien mil pesos de fondos públicos que me adeuda el Estado, sólo recibirás las dos terceras partes el resto lo dejarás al Estado. A Manuela, la mujer de Fernández, le darás trescientos pesos. A mis hermanos y demás coherederos debes darle o recabar de ellos como mil quinientos pesos, que recuerdo, tomé de mi padre y no he repartido a ellos.

Y sigue escribiendo, solo con su destino señalado y en su deseo de dejar todo ordenado: “Un documento de un Diputado ce Catamarca de cinco mil y pico de pesos contra el Estado declaro que estaba en mi poder, y pienso se habrá quemado.

También otros de tierras de ... a medias conmigo. Díaz el que fue guarda, tiene documentos de tierras mías en Arroyo... Pido a Fortunato Miró haga una transacción con Francisco Elías. Todos los documentos de minas en compañía de Lecoc, están en la cómoda vieja, que Lecoc sea dueño de todas y dé a mi familia lo que tuviese a bien. Doscientos pesos plata a Don Pablo Alemán, de Salta...” Y ya estamos sobre la hora y su pulso se mantiene firme escribiendo su último pensamiento, otra vez, es para su mujer: “Mi vida: mándame hacer funerales y que sean sin fausto... Otra prueba de que muero en la religión de mis padres. Tu Manuel...” Termina agregando unas letras más, que quedan inconclusas: “Este apero es de Solelo el que fue...

“Vamos, Manuel” le dice dulcemente el clérigo Castañer. “Estoy listo”, es la contestación firme y sonora.

Baja majestuosamente del coche y mira con compasión al cuadro ya formado por los tiesos y pálidos soldados. Caminando va hacia el patíbulo: “ Mis piernas están tan firmes como mi corazón”, dice, al ver al ver adelantarse un piquete del 5° de línea a cargo del Capitán Páez, quien levanta la espada y suena la trágica descarga.

Los centenares de soldados se estremecieron. Un agudo sentimiento de piedad los embarga y un fatal presentimiento les hacía pensar en los federales. ¿Y Rosas, donde está?

El General Lavalle, que había constituido en el tribunal único, supremo e inapelable, luego de las horas más largas de su vida en que se paseó incesantemente por la sala de El Talar (la tercera mirando desde el norte), cuando sintió la descarga se sobresaltó. Se tiró sobre un sillón de Don Juan Pedro Almeyra y le dijo a su edecán Elías: “Amigo mío, acabo de hacer un sacrificio doloroso que era indispensable...” Aún la sangre caliente de Dorrego corría por la tierra navarrese cuando Lavalle se sienta sobre una mesa “ratona” que se conserva en el Museo Histórico Nacional y escribe en un gesto que lo engrandece ante la historia al asumir la responsabilidad de lo ocurrido.

“Navarro, diciembre 13 de 1828 Sr. Ministro: Participo al Gobierno Delegado que el Coronel Manuel Dorrego acaba de ser fusilado por mi orden, al frente de los regimientos que componen esta división. La historia, señor Ministro, juzgará imparcialmente si el Coronel Dorrego ha debido o no morir. Si al sacrificarlo a la tranquilidad de un pueblo enlutado por él, puedo haber estado poseído de otro sentimiento que el del bien público. Quiera persuadirse el pueblo de Buenos Aires que la muerte del coronel Dorrego es el sacrificio mayor que puedo hacer en su obsequio.

Saludo al señor Ministro con toda atención.

Juan Lavalle.” Acta de defunción Por Martín Graciano Duhalde – semanario AMANECER del 23 de diciembre de 1972 Mientras Lavalle escribía el parte al Almirante Brown, a 300 metros suyos el cuerpo de Manuel Dorrego yacía tirado en el campo. Hay indicios ciertos que luego de la ejecución, hubo ensañamiento con el cadáver. Así lo indica el testimonio de la Comisión Oficial, que por orden de Rosas, ni bien asumió el Gobierno se trasladó de Buenos Aires a Navarro con el fin de exhumar los restos de Dorrego, tarea que se llevó a cabo el 13 de diciembre de 1829, es decir al año justo de su muerte.

El informe firmado por el camarista don Miguel de Villegas dice en parte: “ Que encontraron el cadáver entero, a excepción de la cabeza que estaba separada del cuerpo en parte, y dividida en varios pedazos, con un golpe de fusil al parecer, en el costado izquierdo del pecho...” Luego del fusilamiento (si así se lo puede llamar) el acongojado pariente de Manuel Dorrego, el clérigo Juan José Castañer, se hace cargo del cadáver, ya que ni siquiera se permitió a los más cercanos deudos llegarse hasta Navarro para ver los restos, no obstante los ruegos de los familiares que hicieron llegar al Sr. Ministro Díaz Vélez con tal fin. En cambio el recinto sagrado de nuestra histórica Parroquia, el mismo día 13, abrió de par en par sus puertas para recibir el cuerpo del infortunado Gobernador de Buenos Aires. Luego que fuera velado toda la noche, con la presencia escasa de algunos vecinos asombrados, que esporádicamente se acercaron al féretro.

El día 14, Manuel Dorrego fue enterrado en el Cementerio de Navarro, que entonces estaba junto a la Iglesia. El lugar de su sepultura dice el mismo parte de Villegas que estaba: “ a cinco y media varas de su frente y puerta principal, con la diferencia de dos tercios en que daba hacia su parte lateral izquierda...” Concluido el sepelio, el párroco de Navarro, de puño y letra, dejó labrada la siguiente acta de Defunción, que está guardada como reliquia histórica de gran valor en nuestra iglesia y dice así: “ Manuel Dorrego-En el día 14 de diciembre de 1828, yo, el abajo firmado, teniente cura de esta Capilla de Navarro, sepulté con oficio y misa de cuerpo presente, todo cantado de primera clase, el cadáver del coronel don Manuel Dorrego, natural de Buenos Aires, esposo de doña Angela Baudrix. Recibió los Sacramentos de que doy fé. Firmado: Juan José Castañer.”

Fuente: Semanario Amanecer, Navarro, 23/12/72